

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 30.—BARCELONA 19 DE ENERO DE 1914



Ruptura de los hielos del río Angerap (Prusia Oriental) para facilitar la navegación y conseguir que el río siga siendo un obstáculo natural

RUSOS Y ALEMANES

En el número 9 de la publicación *La mayor Alemania*, se mencionaba la carta del profesor Mitrofanov, de Petersburgo, quien a la pregunta que el profesor Delbrück hizo en el *Preussischer Jahrbucher*, acerca de los motivos del odio que los rusos sienten hacia Alemania, contestó: que los discípulos casi siempre odian a los maestros.

Este sabio, entusiasta de la ciencia alemana y que vive alejado por completo de la política militante, nos da la verdadera clave del enigma.

Sin embargo, mi convicción es que la base de ese odio tiene más profundidad que la que expresa el ejemplo de maestro y discípulo.

En Alemania se concede una atención sobradamente escasa al problema ruso, sin pararse a considerar que es la única Potencia de primer orden que no debe el desarrollo de su civilización a Roma, sino que tuvo por cuna a Bizancio.

Por mucho que sus encontrados intereses alejen a Francia de Alemania, a Austria de Inglaterra o a Italia de Polonia, no es posible olvidar que en el fondo todas son hijas de Roma. Este común punto de partida del desarrollo de su civilización no puede perderse de vista, y, aunque invisible, siempre será lazo que las una.

Con Rusia es diferente. Roma no tuvo nunca la

menor influencia sobre ese pueblo. Su cultura desciende en línea recta del petrificado cristianismo bizantino, aunque en los últimos siglos haya tomado parte entre las Potencias civilizadas de Europa.

Pero aún puede afirmarse que la inmensa mayoría de los campesinos permanece ajena a estas ideas o, por mejor decir, las ve con mal encubierta hostilidad, y esta latente enemistad se hace extensiva hasta el ruso bien educado, hecho ya a los usos y costumbres de la Europa civilizada. Designan a los europeos con el nombre de *sepadniki* (hombres del Este), y el vulgo los considera como traidores. Esa es también la causa de que los grandes poetas rusos Tolstoy y Dosloyecovski rechacen nuestra cultura, no porque desconozcan sus ventajas, sino por creer que una civilización que desciende de los romanos no puede producir sazonados frutos sobre el tronco bizantino.

En estas diferencias de cultura y de raza debemos buscar la luz que nos aclare los motivos del odio a Alemania, si no queremos contentarnos con arrojar sobre este grave asunto una mirada superficial.

Que el odio que sienten hacia toda la Europa Occidental, lo hayan reconcentrado especialmente contra Alemania es fácil de comprender, por ser el país que tiene en Rusia la colonia más fuerte y pode-

rosa, no sólo en cantidad sino también en calidad.

Esto ha valido a los alemanes el mote de *Stumme* (Remez), que significa el extranjero con quien no nos entendemos.

A pesar del paso de gigante que hizo dar a la europeización de Rusia su genial soberano Pedro el Grande, no consigue el imperio más que una vestidura exterior, una especie de mobiliario moderno que adorna un viejo palacio bizantino.

Cuanto más crecía la potencia militar de Rusia y ésta ocupaba un puesto de honor en el concierto europeo de naciones civilizadas, tanto más profunda se hacía la escisión interna entre la superficie pulida por la cultura del Este y la masa popular bizantina.

Rusia llegó a la cumbre de su poderío bajo el reinado de la princesa alemana Catalina II, y se conservó a la misma altura hasta Nicolás I. Durante este período de tiempo, la energía y la organización germánicas habían ido transformado aquel inmenso territorio, siendo en realidad quien gobernaba el Estado.

Los alemanes eran los únicos extranjeros que durante las gloriosas épocas de Pedro el Grande, Catalina II y Nicolás I, tuvieron en aquel país nutrida representación, y cada día aumentaba la masa de alemanes que iba a establecerse en Rusia; mientras que de los otros países no podía encontrarse más que algún aislado aventurero que trataba de probar fortuna en la corte de los Zares.

Los alemanes invadían las ciudades rusas, se establecían como profesores, comerciantes, obreros y campesinos, procurando ganar su subsistencia en tan múltiples tareas. Numeroso grupo de estos emigrantes se reunía en la ciudad de Lodz, y la energía alemana transformó dicho lugar, en el espacio de cien años, en importantísimo centro industrial, al que sólo Moscú podía sobrepasar. En todos los ámbitos del Imperio dejaba sentir su bienhechora influencia la laboriosidad germánica, produciendo el general bienestar.

La envidia de la parte más grosera del pueblo ruso se reconcentró en la palabra alemán, y de la protesta de la plebe bizantina hacia el extranjero invasor surgió el odio a los alemanes, personificando en ellos su aversión a los extranjeros por ser éstos los únicos que por el momento conocían.

En la época a que nos referimos, Rusia no era aún más que un gigante con los pies de barro. La guerra de Crimea, al ponerlo en evidencia, hizo meditar profundamente a sus hombres de Gobierno, y por primera vez comprendieron que no se puede fundar un gran Estado sobre la base de una muchedumbre inculta y grosera.

Alejandro II, que ocupaba a la sazón el trono, procuró dotar a su Imperio de una organización interior calcada sobre la existente en las naciones del Este. Su asesinato vino a interrumpir el desenvolvimiento de este plan; pues al ocupar el trono su hijo Alejandro III, subieron al poder los reaccionarios y con ellos el panslavismo y el odio a todo lo extranjero. La orden del día fué entonces rusificar el interior y proteger a los eslavos bálticos en el exterior. El primer acto de la nueva política fué, naturalmente, un movimiento contra los alemanes.

Para inaugurar esta era de panslavismo, pronun-

ció el héroe popular, el general Skobelev, su célebre frase: *Emprender el camino que conduce a Constantinopla pasando por Berlín*. Esta frase, inspirada por el odio hacia Alemania, se ha realizado en parte.

Los intereses de Alemania han llevado a ésta, en los últimos años, a estrechar cada vez más sus relaciones con Turquía. Esto da a comprender que al declararse la guerra actual el Zar, en su discurso ante la Duma, expresara su entusiasmo por la guerra, que sería el combate del eslavismo contra el germanismo, que se había constituido en defensor de los turcos, los eternos enemigos y asesinos de los eslavos, que acudirían todos como un sólo hombre a pelear bajo la bandera rusa. Esta promesa no ha resultado confirmada, pues las provincias eslavas de Austria se han levantado a la voz de su viejo Emperador contra Rusia; y los Estados Bálticos, aparte de Serbia, permanecen neutrales y no quieren aceptar el protectorado moskovita. Es decir, que no hay la lucha entre eslavos y germanos, y no queda más que el odio bizantino-ruso contra la superior cultura alemana.

Pero, entre las compactas filas del proletariado ruso empieza a levantarse un temible enemigo que no quiere seguir bajo la tutela del Pop; mas es un número insignificante el de éstos rebeldes, que se pierden entre la muchedumbre, y la inmensa mayoría sigue sus prácticas religiosas, aunque sólo sea en la apariencia.

El ejemplo que nos presenta Mitrofanov demuestra que en muchos rusos, pulidos con el barniz de la educación europea, se encierra el bizantino-moskovita. Difícil es predecir si la emancipación intelectual dará sus frutos en Rusia; quizás lo impida su sangre bizantina que les priva del don de la organización. Sus mismas tradiciones lo demuestran, conservándonos las palabras con que acogían a sus príncipes; he aquí el saludo con que se les recibía: *Grande es nuestro territorio y en él hay de todo en abundancia, pero carece de orden; así, pues, ven a ser nuestro príncipe y reina sobre nosotros*.

Estas palabras pueden aplicarse hoy todavía. El ruso es muy capaz de conquistar un vasto territorio y de defenderlo contra sus enemigos; pero la fortuna nunca le ha acompañado en sus varios ensayos de organización. Ni una vez, en el transcurso de los siglos, ha inspirado Rusia la convicción de que todos sus hijos estaban unánimemente dispuestos a sacrificarse por ella. La guerra ruso-japonesa y su derrota final comprueban la verdad de mis palabras. Muchos la vieron llegar con indiferencia y aún con cierta oculta alegría, esperando que sirviese para templar el régimen absoluto a que viven sometidos.

Algo parecido ocurre ahora. El momentáneo entusiasmo causado por la declaración de guerra y todos los medios a que se ha apelado para inflamar el odio contra Alemania, propagando la especie de que Austria y Alemania querían apoderarse de Serbia, desaparecieron con la primera derrota, y le sucederá el rencor contra sus gobernantes que aumentan más todavía las desgracias que afligen al pueblo; las mismas manos que ayer lanzaban piedras contra la Embajada alemana en San Petersburgo se volverán airadas contra sus jefes. Así giran incesantemente, cediendo a veces al atávico amor al terruño moscovita, y otras al moderno espíritu de agrupación importa-

do por Alemania. Esperando que en definitiva será este último sentimiento el que obtenga la victoria.

AVEL SCHMIDT

CÓMO SE OPINABA EN FRANCIA SOBRE LA ACTUAL GUERRA

Cuánto tiempo durará la guerra y cuál será su coste

(De nuestro corresponsal en Alemania)

Hay quienes todavía están en la sencilla creencia de que Francia ha sido sorprendida por la guerra; que no sólo no la había querido sino que ni siquiera la había pensado. Pero las publicaciones militares francesas, de época reciente, y los viajes de Poincaré a Rusia dicen todo lo contrario.

Hasta 1906 se notaban en Francia tendencias muy pacíficas y el espíritu belicoso de los franceses había perdido un poco de sus tintes. A partir de dicho año reacciona formidable el partido de la «revanche», los periódicos arrecian en su campaña anti-germánica, los oficiales del ejército comienzan sus conferencias en los cuarteles y toda Francia—excepción hecha del partido socialista—tiene fija la mirada en la *Delenda Germania*. En 1912 el partido de la guerra aumenta considerablemente, falta sólo el hombre que lleve a cabo el desquite. El alsaciano Poincaré es el elegido. Con una popularidad incontestable lanza su candidatura, triunfa y llega al sillón presidencial de la tercera república. Desde su alto puesto divisa mejor el horizonte político. Con inteligencia y perspicacia inicia sus labores. En su primer viaje a Rusia regresa con la Ley del servicio de tres años. En su segundo viaje, que lo hace acompañado del jefe del Gabinete, a raíz del asesinato del archiduque Francisco Fernando, concierda a solas la guerra con el Zar y el gran duque Nicolás, jefe del partido militar moscovita, y sabe engañar al mundo con promesas de paz.

Que la guerra europea se ha desarrollado antes que los beligerantes concluyeran sus preparativos bélicos, puede ser cierto. Pero no ha sido jamás una sorpresa. Desde que estalló la guerra en los Balkanes se preveía que el continente europeo no podía permanecer mucho tiempo en equilibrio estable, puesto que su centro de gravedad se había movido de su sitio. El escritor español Sr. Larín, en sus crónicas internacionales que escribía, en 1912, en *La Guerra de Oriente en los Balkanes*, con mirada de vidente pronosticaba la próxima guerra europea y sus posibles complicaciones. Sus profecías, de hace dos años, han recibido su respuesta en el terreno de los hechos. Ahí está la guerra sembrando por doquier la desolación y la muerte. Ahí en los campos de batalla inmensos rinden homenaje a Marte millones de hombres. Ahí está la doctrina famosa de Hobbes «el hombre es lobo para el hombre» traducida en realidad...

Hemos dicho que muchos publicistas franceses se han ocupado en libros y folletos y revistas sobre la guerra franco-alemana del porvenir; vamos a ocuparnos a vuela pluma en algunas de estas publica-

ciones, principalmente las que tienen carácter militar.

El fin de Prusia. Así se llama la obra escrita, no hará más de un año, por un jefe del ejército francés, que esconde su nombre tras el seudónimo de Franc Gaulois. El autor pronostica la guerra para fines de 1914. Como en efecto se ha realizado, con sólo algunos meses de anticipación.

Según Franc Gaulois, el inmediato motivo de la ruptura de las hostilidades, entre Francia y Alemania, es el conflicto entre Alemania y Rusia, creado por el ferrocarril a Bagdad. Poco antes de la declaración aparecen aeroplanos alemanes y arrojan bombas sobre Nancy.

Todo el mundo se llena de ira a causa de la violación del derecho de los pueblos. De un lado están Francia, Rumania, España, Bulgaria, Inglaterra, Serbia y Grecia. Del otro lado Alemania y Austria-Hungría. Italia permanece neutral. Inglaterra envía inmediatamente un cuerpo expedicionario que desembarca en Bélgica, cuya neutralidad corre el peligro de ser violada por Alemania. La potencia principal de Francia consiste en su flota aérea: 5.000 aeroplanos vuelan en dirección a Metz. Un ejército alemán que está situado entre Pagny, al sur del Mosela, y Schirmeck es completamente destruido. El plan alemán consiste en un ataque principal contra Nancy y un segundo en las cercanías de Sarignan-Mousson. Los franceses se encuentran entre Toul y Epinal, bajo el mando del general Joffre. En Nancy vencen los franceses a un millón de alemanes. Todo se realiza a la perfección, conforme al plan organizado por el Estado Mayor francés. Los franceses no se sorprenden por este brillante resultado de sus armas, porque están convencidos de la victoria, que ha preparado desde largo tiempo el Estado Mayor francés.

Entre tanto, en Berlín—continúa el autor—ha estallado la revolución, vence el ejército francés del norte en Semoy contra von der Goltz, que ha penetrado por Luxemburgo y Bélgica. En esta segunda batalla pierden los alemanes 100.000 hombres, de los cuales, 10.000 son hechos prisioneros por el ejército belga y 50.000 por los franceses. El resto del ejército alemán escapa a Trier.

Los rusos también vencen pronta y lisamente. Penetran hasta Lemberg, ocupan Przemyśl y toda Galizia y triunfan cerca de Tokay. Este ejército se une con el otro victorioso de los Balkanes cerca de Viena. Los franceses avanzan hacia el E.; al mismo tiempo los rusos marchan hacia el O. Toda Baviera, Wurtemberg y Baden son inundadas por las tropas francesas. El Emperador aventura aún una nueva batalla detrás de los bosques de Turingia con Eisenach sobre la derecha, las vertientes del Saale sobre la izquierda y el centro en Gera. Un mes después de la declaración de guerra, está Alemania perdida y los franceses victoriosos avanzan sobre Berlín. La flota alemana ha sido ya también destruida completamente por la flota inglesa en el golfo de Forth. Las tropas de expedición inglesas han conquistado Bremen y Oldenburgo, y unidas a los franceses se apoderan de Hamburgo, Kiel y Lübeck. En Viena se acuerda el armisticio. En la última resistencia que pretenden los alemanes en Leipzig cae prisionero el Emperador Guillermo II; es trasladado a Inglaterra

y encerrado en una prisión. Ahora viene el tiempo de la paz. Los aliados entran en Berlín y los diplomáticos se reúnen en Viena.

Las condiciones de paz son las siguientes:

Austria entrega a Rusia, Galizia con Lemberg. La Bukovina con Czernowitz pasa a Rumanía. Serbia recibe Bosnia y Herzegovina y todo el terreno entre el Drina y el Save. Grecia obtiene todas las islas del Adriático y Albania. Italia recibe Dalmacia, Istria y Tirol hasta la desembocadura del Inn en el Danubio. Se funda un territorio del Rhin, comprendiendo Wurtemberg, el norte de Baviera, Baden y Hessen. La nueva Holanda se extiende hasta Düsseldorf; cerca de Glasbach limita con Bélgica. Esta obtiene la orilla izquierda del Rhin, entre Düsseldorf y la desembocadura del Mosela. Francia obtiene naturalmente toda Alsacia y Lorena, todo el terreno comprendido entre el Rhin y el Mosela, el Rhin forma su límite natural. Vuelve a crearse el antiguo reino de Ha-

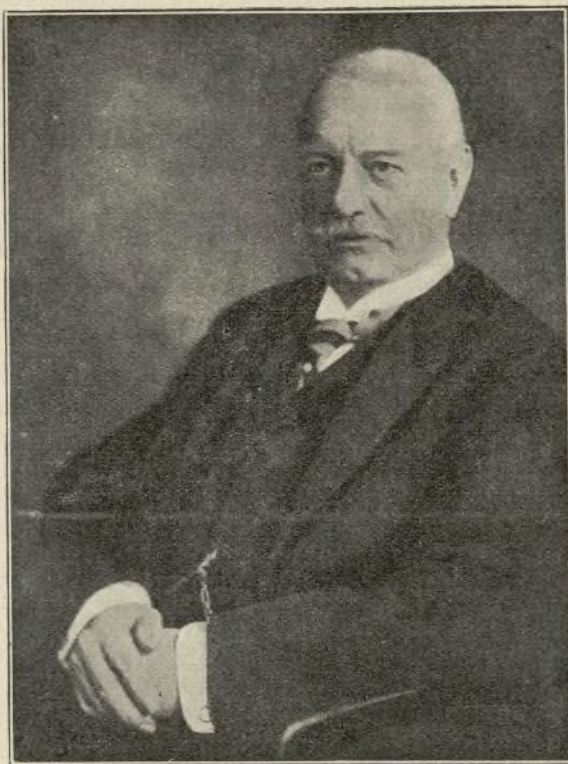
nover tomando como rey a un príncipe inglés.

El nuevo reino limita al N. con Dinamarca, al

O. con Holanda. El reino de Sajonia también se agranda. El resto de Alemania, lo que era Prusia, forma el reino de Polonia, cuya capital es Berlín. A Polonia pertenecen Bohemia, Austria y Silesia. Así se hace Francia el soberano de Europa. Su generosidad y prudencia quedan atestigüadas en las condiciones de paz. La Polonia católica es la más querida aliada de Francia. La paz del mundo queda sólidamente asegurada por Francia.

Este libro demuestra la fantasía e ilusión del partido de la guerra y de los chauvinistas franceses, a cuya cabeza está Poincaré. Esta ilusión y esta fantasía van poco a poco disipándose al fuego de los cañones. Hace ya más de cuatro meses de guerra y ni los franceses han ganado nin-

guna gran batalla decisiva, ni los rusos se aproximan a Berlín. Todo el plan de los aliados se ha convertido en una quimera.



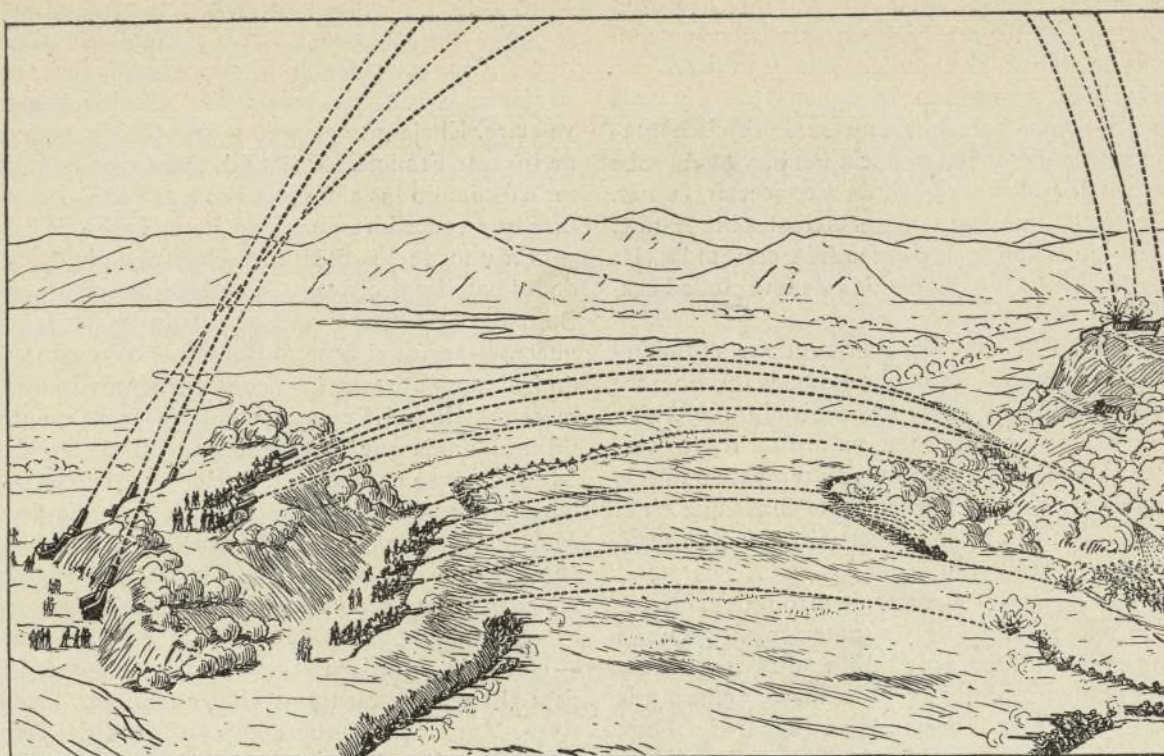
El príncipe von Bülow, nuevo embajador alemán en Roma



Un aviador alemán colocando en un biplano las bombas que ha de lanzar sobre Varsovia



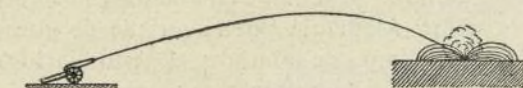
Aeroplano británico con un cañoncito y el aparato de lanzar bombas



CAÑONES, OBUSES Y MORTEROS —A la izquierda, una batería de morteros, bombardeando el fuerte que se ve a la derecha. Delante de ella, una batería de obuses, a cubierto, cañoneando a la infantería enemiga y a la artillería adversaria oculta de las vistas. En primer término, una batería de cañones disparando contra la infantería enemiga; las dos primeras piezas arrojan granadas con espoletas de percusión, lo mismo que la última; la tercera pieza dispara shrapnels.

Otro libro famoso es el del coronel Boucher, bastante conocido en España y Sudamérica. Nos referimos al libro titulado *La France victorieuse dans la guerre de demain*. Entre consideraciones militares muy bien meditadas y por deducciones estratégicas llega al mismo resultado que el autor del Fin de Prusia. Entre otras cosas dice que el ejército ruso estará dispuesto y en condiciones de paralizar el ataque combinado del ejército austro-alemán, a los 18

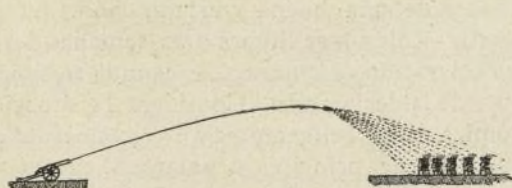
cipio fundamental de llevar la ofensiva sobre el punto más fuerte, llevarán la ofensiva, enérgica y resuelta, contra Francia y se sostendrán a la defensiva contra Rusia. Pero a los 20 días se verán obligados a sacar sus tropas de Lorena para trasladarlas a Polonia y poder contener la invasión de las masas. El plan de Alemania debe, por consiguiente, consistir en conducir la ofensiva con la mayor velocidad posible. Para contrarrestar este plan, necesita Francia un ejército



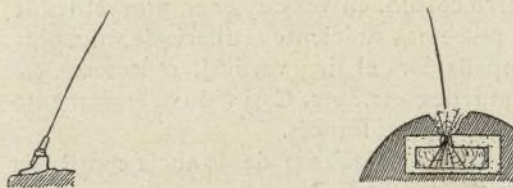
Efecto de una granada con espoleta de percusión, al estallar en el blanco



Efecto de una granada con espoleta de tiempos, al estallar encima del blanco



Efecto de un shrapnel: granada cargada con balines



Efecto de una granada rompedora lanzada por un mortero; estalla después de haber penetrado en el blanco

ó 25 días de comenzadas las operaciones. El ejército de Wilna—4 cuerpos de ejército—penetrarán a los 20 días en Prusia. El ejército de Varsovia—5 cuerpos de ejército—se dirigirá contra la frontera alemana en dirección a Berlín. El ejército de Petersburgo—4 cuerpos de ejército—le seguirá 4 días más tarde. A los 30 ó 36 días estarán 13 cuerpos de ejército ruso sobre territorio alemán. Aun cuando Alemania y Austria unidas convocarán a todas sus reservas, no podrá Alemania al mismo tiempo tomar la ofensiva en Polonia y en Lorena. Fieles los alemanes al prin-

de vanguardia, cerca de Luneville, un fuerte ejército central entre Toul y Epinal y un ejército de flanco al N. de Francia.

El autor parece estar seguro y coincide con el Estado Mayor francés, cuya opinión era de que el ejército alemán en el primer o segundo día de su avance pretendería tomar Nancy, pero que esto, como está ya previsto, no le será posible.

Según el coronel Boucher, Rusia al principio de la guerra no podrá prestar a los franceses ningún apoyo de utilidad. Nosotros tendremos—dice—que

resistir todo el peso de la ofensiva alemana. La decisión caerá en el Mosela. Si nosotros estamos en condiciones de resistir al enemigo, esto significará casi con seguridad la reconquista de la Alsacia y de la Lorena. Si somos derrotados nos será difícil contener la marcha del enemigo hacia París, y quién sabe si nuestros aliados nos obligarán a concertar la paz.

Vuelve el autor a su tema principal sobre Nancy. Aconseja que Nancy sea defendida con todas las fuerzas posibles. Que la pérdida de esta ciudad acarrearía enormes consecuencias.

El libro del coronel Boucher contiene abundantes detalles militares. Se conoce que es un hombre bastante instruido y que ha dedicado preferente atención al estudio del problema militar franco-alemán, aunque desgraciadamente su temperamento le ha inducido a forjarse muchas ilusiones que en el campo de la acción no se convertirán jamás en realidad, ni aun se acercarán a ella.

Georges Dejean es el autor de otro folleto interesante, y más sesudo que los anteriores, porque si bien no es tan militar, en cambio mira las cosas y las trata desde un punto de vista más próximo a la verdad. *L' Amenase Allemande* se llama el folleto. Comienza diciendo que Francia debe esperar el ataque alemán. La debilidad de nuestros medios de defensa en nuestra frontera norte hacen probable esta ofensiva. En caso de una guerra nos atacarían los alemanes por Bélgica. La invasión será conducida por el territorio de Luxemburgo y Bélgica, a la cual apenas le podrán oponer resistencia nuestras pequeñas y modestas fortificaciones de Longwy y Montmedy. Nuestros adversarios, después de derribar estas fortificaciones, se harán dueños del ferrocarril estratégico Mezieres-Nancy. Nancy es una ciudad abierta y defendida por la sola y antigua fortaleza de Ayvelles.

Dejean no es un optimista; les dice a sus compatriotas la verdad, con un poco de atrevimiento, pero con limpia y serena conciencia. Si la guerra fuera un hecho—prosigue Dejean—cuando Alemania arrojará sobre nuestras fronteras la potencialidad de sus fuerzas ¿tendríamos la preparación de la resistencia, la sangre fría, la velocidad y la fuerza para impedir una invasión de nuestro territorio? En nuestros arsenales tenemos una gran cantidad de viejas granadas de hierro colado, en vez de tener proyectiles de acero. No poseemos suficiente artillería de sitio, obuses de campaña para el tiro vertical, reflectores, carros, automóviles, etc., etc. Casi todo el armamento alemán es superior al francés.

Refiriéndose a la alianza de Francia con Rusia dice que la alianza franco-rusa es una pura tontería que ha sido alimentada durante 20 años. Cuando los alemanes hayan oprimido nuestras tropas de cortina y quebrantado la primera resistencia, tendrán fuerzas disponibles para principiar la invasión en Francia y contener y rechazar a Rusia. De la ayuda inglesa no debemos esperar mucho. Nuestros tácticos opinan que si bien esta ayuda será un hecho, en cambio su valor táctico será insignificante.

Este escritor ha examinado, sin chauvinismo, la verdadera situación de su país. Lo que ha dicho está recibiendo su comprobación en el campo de los hechos.

La obra *La Guerre du siècle XX* del teniente co-

ronel Henry Mordacq refuerza con sus argumentos las opiniones francesas sobre la probable ofensiva alemana. Pero es razonable y con serenidad afronta el problema en sus fases principales. El plan alemán lo ve claro. El ejército alemán se verá en la necesidad de invadir Francia por Bélgica, para caer por el norte. «Y cuando los alemanes vengán, nadie les impedirá que vencedores marchen hasta París».

En uno de los capítulos se ocupa de la duración de las batallas decisivas. Copia las frases del general Bonnal y las apoya. «El resultado de la próxima guerra—según el general Bonnal—debe estar ligado íntimamente con los acontecimientos de las primeras batallas. La guerra será decidida en menos de un mes, desde que se rompan las hostilidades. Cuando las cosas se contemplen desde el verdadero punto de vista, se puede decir que *la victoria o la derrota en toda la campaña son dependientes de las primeras batallas, y que es imposible volver a atraer a la victoria cuando una vez ha estado al lado del adversario.*»

«Cuando nosotros suframos la primera derrota—continúa Mordacq—nos retiraremos al Loira para allí concentrarnos y volver a tomar la ofensiva». Mordacq, aunque apoya las frases del general Bonnal, es de opinión que las primeras batallas no acarrearán la decisión completa de la campaña, ya que hay que considerar ahora masas de ejércitos más grandes y más extensos frentes. En esto tiene razón. En la guerra del 70, el frente estratégico del ejército alemán abarcaba un frente de 120 km. y el efectivo de la masa invasora era de 400,000 hombres; en la presente guerra se trata de ejércitos de millones que abarcan un frente de unos 550 km.; de manera que la lucha no es ya una sola batalla sino un conjunto de batallas y combates parciales.

¿Cuánto costará la guerra? Según el comandante Mordacq unos mil millones de francos al mes. Hace partir su cálculo de que en tiempo de guerra cada hombre cuesta siete francos treinta céntimos. En Alemania se calcula a razón de seis marcos por día y por hombre. Si se tiene en cuenta que tanto Francia como Alemania ponen en pie de guerra unos cuatro millones de hombres, el gasto diario será con aproximación 30 millones de marcos.

¿Cuánto tiempo durará la guerra? Mordacq parte de la movilización de los ejércitos y de las probabilidades de una buena concentración. La primera batalla—dice—se librará tres semanas después de la declaración de guerra. La segunda tres meses después de la declaración. Considera la situación económica de los beligerantes y el agotamiento de la industria, que principia a notarse al cuarto o quinto mes, y deduce que la guerra durará de tres a cinco meses, y la victoria la obtendrá quien pueda sostenerse más tiempo incólume. Con la entrada en línea de Inglaterra, la situación, referente al tiempo de la duración de la guerra, se ha modificado, de manera que todo cálculo, hecho *a priori* en los actuales momentos, no tiene caracteres de certidumbre. Inglaterra cree que las fuerzas económicas de Alemania no le alcanzarán para sostenerse más de tres meses, así es que la rubia Albión piensa en su seguro triunfo: material por medio del dinero y moral por medio del cable, y por eso este afán de buscar los medios para prolongar el desarrollo de los acontecimientos militares. Pero ya va viendo disiparse sus ilusiones

y hoy todavía con más transparencia con la entrada en línea de Turquía y los 300 millones de musulmanes. Inglaterra ha calculado mal las cuentas de su negocio.

Por el ligero estudio esquemático de los libros citados, se verá palmariamente que Francia no ha sido sorprendida por la guerra, sino que por el contrario la tenía prevista. Quizás, y esto es probable, no haya tenido concluida toda su preparación ofensiva, puesto que varios escritores militares de alta reputación pronosticaban la guerra para fines de 1914, y los acontecimientos se han desarrollado con algunos meses de anticipación, pero de esto a que se diga y se predique la sorpresa, hay un abismo de diferencia. Una nación en cuya alma popular vive el recuerdo de la derrota y con fuego sagrado se alimenta el odio y el deseo del desquite, no puede jamás ser sorprendida por el mismo adversario que ya una vez la derrotó. Un pueblo que en pleno siglo xx, teniendo un enemigo probable al frente, que es para él continua amenaza, se deja sorprender, es un pueblo que no vale nada; y esto no se puede decir de la hermosa Francia donde la idea de *revanche* está fija en el cerebro de cada uno de sus hijos. Esta idea — desde luego mal alimentada — es la que la ha inducido a llevar la decisión a los campos de batalla. Apoyada en su enemigo natural, Inglaterra, quiere pegar la victoria a sus banderas; pero es triste que la victoria le vaya negando sus favores.

J. C. GUERRERO
Görlitz (Alemania), diciembre 1914

LA PSICOLOGIA DEL VALOR

POR EL REDACTOR MÉDICO DEL *Times*

El hombre que no ha entrado nunca en fuego siente ardientes deseos de saber la sensación que se experimenta en aquellos momentos. Es probable que en los relatos de los veteranos no encuentre ni satisfacción ni estímulo. Lo que se siente al entrar en fuego por primera vez se envuelve, como problema psicológico, en las sombras de lo desconocido, hasta que la idiosincrasia del individuo obra libremente.

He tenido la buena fortuna de hablar en muchas ocasiones con soldados que han resultado heridos en combate. En varios períodos, he visitado hospitales en Francia, Bélgica e Inglaterra, y, como médico, he tenido facilidades especiales para mis estudios. Estas facilidades me han demostrado que no hay dos hombres que experimenten las mismas sensaciones al entrar en fuego por primera vez, y también que un hombre es capaz de sentir diferentes emociones en diferentes períodos del mismo día, aunque las circunstancias hayan permanecido las mismas.

Por ejemplo: de lo manifestado por un hombre que entró en fuego en las cercanías de Arras, deduje que su sentimiento fué exclusivamente de interés y curiosidad. Una granada de grueso calibre cayó a pocos centenares de metros de distancia y produjo una gran columna de humo, y al mismo tiempo el shrapnel llovía bastante cerca. De pronto comprendió dicho sujeto que estos proyectiles estaban desti-

nados a causar grave daño y que la posición que ocupaba era muy peligrosa. «Entonces sentí exactamente la misma emoción que el que se encuentra en el campo frente a un toro furioso; todos los instintos de la mente y del cuerpo desaparecieron de pronto».

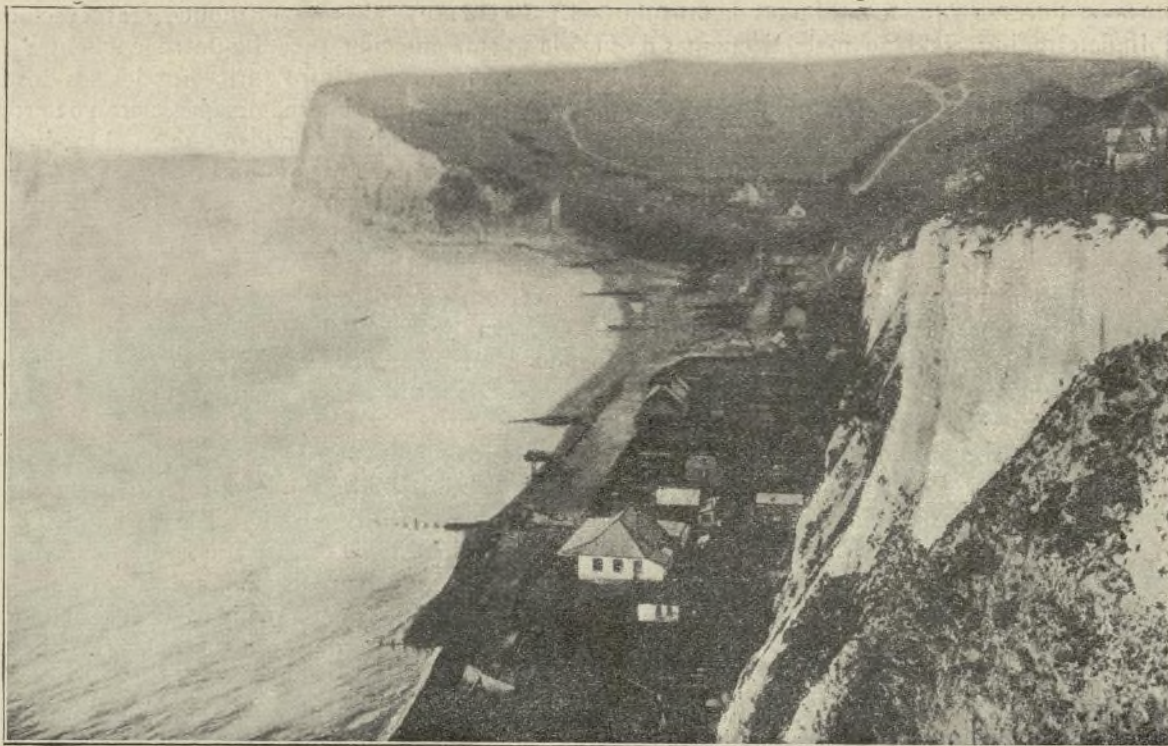
Otro individuo me refirió que en el momento de haber entrado en fuego—en una trinchera—experimentó el más profundo terror. «Pero la sensación desapareció pronto, dejándome fatigado y un poco anhelante». Un tercero declaró que había estado tan nervioso antes de entrar en combate que aún se averguenza. Se miró a sí mismo como si estuviera muerto, y una vez en fuego le pareció que las probabilidades de resultar ileso eran mayores de lo que creía antes.

Todos estos soldados se condujeron bravamente; dos de ellos resultaron heridos. Cuando el instinto físico hace a un hombre cobarde (no empleo la palabra en sentido de censura), la moral le devuelve el valor. Hay un segundo valor, un valor de ojos abiertos y visión clara de la realidad, el cual, aunque no desprecia el peligro, llega a afrontarlo. En el combate, los tales despliegan una cualidad no sospechada, que por falta de mejor título se denomina virilidad.

La formación de esta segunda clase de valor es obra del tiempo. He oído un relato de labios de un oficial británico que me parece ilustra la génesis de ello, y la historia me parece digna de ser conocida. En cierto momento de la presente guerra, nuevas tropas fueron enviadas a una trinchera, que quedó sujeta a un terrible cañoneo de granadas y shrapnels; por lo menos cien de aquellos hombres evacuaron la trinchera y se retiraron. A poco encontraron a un oficial antiguo, que les detuvo y les preguntó la causa de su huida. Al conocerla, el oficial miró gravemente a los soldados y les dijo que sentiría mucho tener que emplear medios coercitivos con hombres que él sabía que eran valientes. Les señaló el camino del deber, que no era otro que la trinchera que acababan de abandonar. «Haré parte del camino con vosotros». Así lo hizo; los soldados volvieron a sus puestos y se batieron bien. Según las mismas frases de su interlocutor, «ellos se portaron como debían después de aquello».

Un oficial con grande experiencia de la guerra, me dijo antes de empezar la campaña que el soldado que afirma que entra con indiferencia en fuego es un fanfarrón. Esto es verdad, en general, aunque yo conozco algunas excepciones. Pero también es verdad que hay hombres que despliegan una cierta calma o más bien indiferencia. En primer lugar sabe apreciar, y por lo tanto medir, el fundamento de su temor. Descuenta las probabilidades desgraciadas, lo mismo que el que viaja en ferrocarril. Y la labor que realiza en el combate le atrae cada vez más su atención. Llega un momento que (según un doctor que fué herido cerca de Ipres), «se impone mantenerse en la posición, no porque sea agradable permanecer en ella, sino porque se comprende que es imposible alejarse».

Por consiguiente, mientras el hombre que nunca ha entrado en fuego jamás podrá saber de antemano la sensación que experimentará—porque ello depende de las circunstancias y de su temperamento—le es posible, así lo creo, adquirir el segundo valor, que es el inapreciable don del veterano. Puede conducirse



El cabo «Gris Nez», el punto de la costa francesa más próximo a la inglesa, en el canal de la Mancha

bien en el doble sentido moral y espiritual, y revestirse de valor por grande que sea su desconfianza o temor. Bajo el fuego, acaso se disipen todas las ideas preconcebidas que había acariciado o entrevisto, pero es muy probable que las vuelva a recobrar. Y también es probable que entonces se porte con valor.

Escribo este artículo movido por la convicción de que hay muchos hombres valientes que se preocupan sin motivo de cuál será su conducta al entrar en fuego. Nada puede anticiparse, y lo que se crea antes resultará a menudo, estoy persuadido, una falsa creencia. Nadie puede adivinar cuales serán sus

sentimientos en circunstancias a las que aun no ha estado sometido. Lo mejor es aceptar el misterio como misterio, con la plena confianza que el valor acudirá a quienes procuren y esperen conseguirlo.

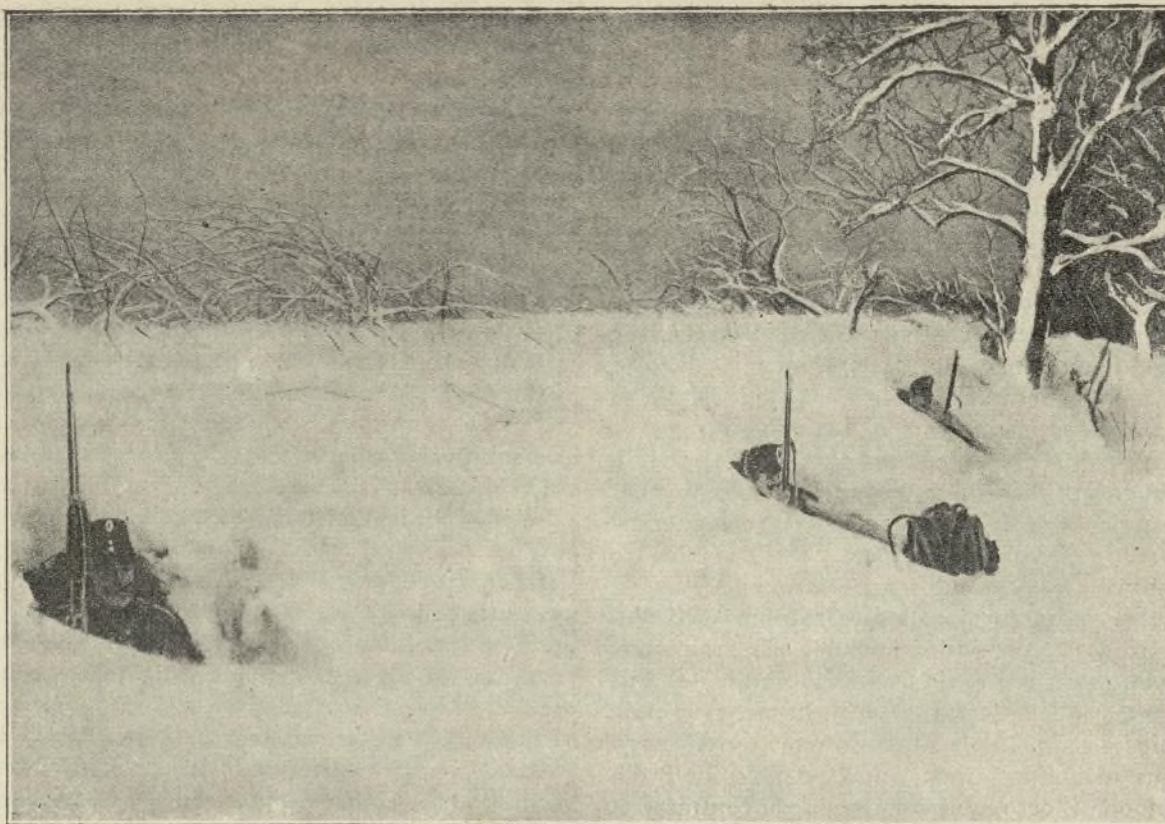
LAS BATALLAS DE LEMBERG

por el Dr. Kurt Floericke

A consecuencia del victorioso avance de los ejércitos de Dankl y Auffenberg, todo el frente de batalla austriaco efectuó una importante conversión



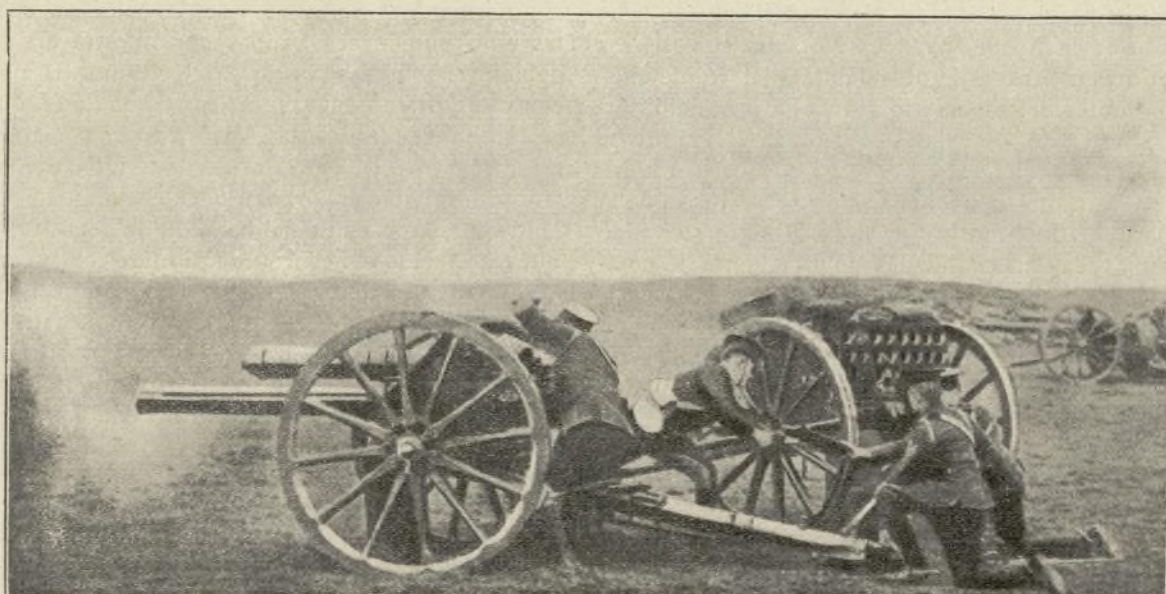
Los alemanes rompiendo los hielos del río Angerap (Prusia Oriental). En el fondo un puente de circunstancias construido por los rusos



Abrigos abiertos en la nieve, en los Cárpatos, para apostarse las avanzadas austriacas

hacia la izquierda, cambiando su dirección de marcha O.—E. por la S.—N.; precisamente lo contrario de lo que hicimos nosotros en el teatro de Francia. Y así como en el teatro occidental la alta Alsacia fué el eje de giro, el centro de la conversión en el E. fué Lemberg. Los defensores de ambos puntos tuvieron a su cargo una misión extraordinariamente difícil, pero mientras en la alta Alsacia conseguimos, aunque a costa de grandes sacrificios, mantenernos en nuestras posiciones, los austriacos fueron vencidos en una serie de combates que se prolongaron ocho días, y la capital de la Galizia fué perdida a consecuencia de una doble batalla que tuvo éxito desgraciado para el ejército austro-húngaro. Ha de recono-

cerse que los rusos no debieron exclusivamente su victoria a su gran superioridad numérica. Obligados los austriacos a extender extraordinariamente su frente hacia la Galizia oriental, la relación de sus fuerzas con respecto a las del enemigo era la de 3:8, exactamente, la misma que la de las nuestras a las del enemigo en el campo de batalla de Tannenberg, en la Prusia oriental. Pero la superioridad principal era la de la artillería, muchísimo más numerosa en los rusos, y reforzada además con piezas pesadas que habían sacado de sus plazas fuertes para llevarlas a la línea de combate. Su general de artillería Ivanov comprendió cuán útil le sería el empleo de los obuses de campaña de 15 centímetros en el campo de



Artillería inglesa en fuego, en Flandes

batalla para batir con una lluvia de acero las delgadas líneas austriacas, y en efecto, pese a la bravura y tenacidad de los defensores; no pudieron resistir la violencia del fuego enemigo. En esta superioridad aplastante de fuego ha de buscarse la causa principal de las derrotas austriacas, aunque es cierto que nuestros aliados retrocedieron paso a paso a pesar de su debilidad, y que contuvieron al adversario durante ocho días, hasta replegarse con el mayor orden y sin ser perseguidos. Demostraron entonces las tropas austro-húngaras poseer unos nervios incommovibles, un corazón esforzado y unos músculos de acero. Al mismo tiempo, hay que declarar que los rusos se condujeron con mucha pericia; en particular la colocación de la masa principal de sus fuerzas desde el frente S. al frente N., en la pausa de fuego que hubo en los tres primeros días de septiembre, es una obra maestra del arte de la guerra. No ha de desconocerse, con todo, que su avance rápido y en línea recta tropezaba con los obstáculos que les oponían los numerosos valles encajonados y las obras de defensa construidas con previsión laudable. El 21 de agosto cruzaron los rusos el río fronterizo Sbrncz, el 23 el afluente paralelo Sereth, el 25 el Strypa, el 27 el Zlata Lipa y el 30. Gniola Lipa. En este avance cayeron en sus manos los importantes poblados de Brody, Tarnopol, Zloczov y Brzezany, y se encontraron en disposición de atacar la débil posición de Lemberg, contra la cual avanzaron en forma de media luna. Los campos de batalla de aquella región están caracterizados, desde el punto de vista de la guerra en grande escala, por pequeñas colinas cubiertas de bosques, por líneas de alturas escalonadas y, principalmente, por vastos arenales que dificultan en gran manera los movimientos de un gran ejército. Las alturas que hay entre Lemberg y Rava-Ruska forman un baluarte natural muy fuerte, que se descubre a larga distancia; al S., junto a Grodek, varios pequeños lagos mezclan sus aguas, y más allá se extiende un terreno pantanoso, muy frecuente en aquella comarca. De aquí que las batallas que allí se desarrollen tengan a menudo el carácter de la guerra de posiciones, lo cual dió ocasión a los rusos de demostrar que habían aprendido mucho en la campaña de la misma índole contra el Japón: atrincheramientos y fortificaciones rápidas ejecutados bajo la protección de la noche, avances parciales con fuerzas superiores contra los puntos débiles del frente enemigo, tanteo del adversario acá y allá para debilitarlo y, sobre todo, no dejarle descansar, y finalmente irse acercando a él poco a poco para atacarle a la bayoneta durante la noche. Las fogosas tropas de la monarquía dual mostraron al descubierto su modo de ser y todas sus cualidades en esta suerte de combatir lenta y paso a paso tan contrario a sus sentimientos, y a menudo se lanzaron a ejecutar ataques tan inútiles como sangrientos. En cambio, los rusos, aferrados a este método de guerrear, pudieron desplegar en él su gran superioridad numérica. En la fase siguiente de la guerra su táctica tuvo un carácter más brutal; trataron de aplastar al adversario valiéndose de sus enormes masas de hombres y cañones, convencidos de que su enemigo, por muy diestro y bravo que fuera, no podría resistir. Los hombres para ellos no significan nada, y las más sangrientas pérdidas carecen de importancia, siempre que ellos

puedan realizar avances lentos, pero seguros. Si por acaso un regimiento es deshecho, sobreviene otro, como si hubiera brotado de la tierra, y reanuda el ataque.

Los regimientos austriacos resistieron vigorosamente al principio, pero su tenacidad no sirvió más que para reducirlos a polvo. Así sucedió, por ejemplo, con la sección de ametralladoras del 9º regimiento de la landwher, que había perdido todos sus sirvientes. El coronel von Reyl-Lhanisch, que había recibido ya dos heridas, se adelantó a la última ametralladora y prorrumpió en grandes voces: «¡Jamás la retirada! ¡Viva nuestro Emperador!» Con la ayuda de las últimas tropas que tenía a mano, continuó sirviendo la ametralladora largo tiempo, hasta que un shrapnel le destrozó la garganta y lo derribó sin vida al suelo.

Un regimiento de artillería recibió la orden de avanzar sobre un pantano y romper el fuego para proteger la retirada. El coronel estimó que la empresa era irrealizable y pidió que se le diera la orden por escrito. La obedeció entonces, y una tragedia espantosa se desarrolló en aquel lugar. Los cañones se fueron hundiendo cada vez más en aquel terreno fangoso, y la tropa a su vez quedó enterrada hasta las caderas; hasta el último momento estuvieron los artilleros sirviendo las piezas y disparando, pero finalmente quedaron también enterradas las bocas de los cañones. Entonces cargó la caballería rusa y acuchilló a todo el personal, que tan fielmente acababa de cumplir con su deber. Pero los cañones no se los llevó el enemigo: las pérfidas aguas de la laguna los han conservado para siempre.

(Concluirá)

IMPRESIÓN QUE SE RECIBE AL SER HERIDO

(Episodios de la batalla del Aisne)

Al regresar de las trincheras, el 19 de septiembre, nos dijo nuestro capitán que al día siguiente, apenas amaneciera, debíamos tomar parte en un asalto. Ignorábamos que el ataque había de darse contra toda la línea enemiga, porque sólo se nos había dicho que algunas baterías francesas, que estaban bien cubiertas y no podían ser batidas por nuestra artillería, debían ser tomadas por asalto. Recibimos la noticia con tranquilidad, aunque no se nos ocultaba que la acción había de ser seria. A la madrugada siguiente, a las tres y media, estábamos en pie. La tarde anterior se nos había incorporado el contingente de la landwher, procedente del batallón de depósito, y los nuevos soldados quedaron distribuidos en la compañía, de manera que todos juntos ocupamos la línea de trincheras. A poco de estar allí, nuestra artillería abrió un vivo fuego. Los proyectiles comenzaron a silbar, y pronto descubrimos que se nos disparaba desde un bosque que se encontraba delante de nosotros. Cayeron algunas granadas y enseguida comenzó un nutrido tiro de infantería. En los primeros momentos creímos que nuestras tropas nos hacían fuego, pero no tardamos en reconocer el silbido de las granadas enemigas sobre nosotros, y nos dimos cuenta de lo que acontecía. «El enemigo nos hace fuego de flanco», me dijo el hombre que estaba a mi lado,

y todos buscamos abrigo en la trinchera. En aquel mismo momento nuestro jefe de sección ordenó: «¡Paso ligero!»; escalamos el parapeto, armamos los machetes en la boca de los fusiles, y corrimos al frente, sin detenernos, para llegar de un solo impulso a las trincheras enemigas. Los franceses las evacuaron y buscaron refugio en el bosque. Yo me encontraba en el ala izquierda, que estaba algo adelantada hacia el bosque, de modo que cuando todavía los franceses no habían llegado a los árboles estábamos ya en sus trincheras. De pie en ellas abrimos el fuego a discreción, pero en aquel instante recibimos fuego desde la espalda. El soldado que estaba inmediato exclamó: «¡Auxílieme V., señor sub-oficial, que me han herido!». Me detuve a su lado y le vendé la herida valiéndome de mi paquete de curación. Casi enseguida sentí un golpe muy fuerte en un pie y me creí herido; examiné lo que creía lesión, y ví que una bala había chocado contra la plancha de hierro del tacón de la bota, pero sin alcanzarme. Al restablecer inmediatamente el enlace con los soldados de mi grupo, un poco más adelante, sentí de pronto un dolor agudísimo en mi antebrazo izquierdo, y sin poderme contener lancé un grito. Estuve unos segundos sin darme cuenta de lo que me pasaba, hasta que descubrí que una bala de fusil o un balín de shrapnel me acababa de atravesar el brazo. En el primer momento creí que me lo había roto, pero como pudiera moverlo, así como la muñeca, me tranquilicé. Quise quitarme la

mochila con la mano derecha, y entonces me hice cargo de que otra bala me había atravesado la palma de la mano. Rodé, sin poderlo evitar; tendido allí permanecí algún tiempo. Comenzaba a llover y yo perdía cada vez más sangre; al fin comprendí que era preferible hacer un esfuerzo y tratar de llegar al puesto de ambulancia que continuar desangrándome. Otro herido que había junto a mí me quitó la mochila y retrocedí hacia nuestras posiciones. El fuego enemigo era cada vez más vivo, y la artillería y las ametralladoras batían nuestras reservas abriéndolas en las trincheras. Milagrosamente pude llegar sin nuevas lesiones al puesto de ambulancia de un regimiento de artillería, donde me asistió un médico mayor. Esto sucedía el 20 de septiembre.

El día 25, a las dos de la tarde, llegué a Frankfort. Tuve la fortuna de que me enviaran al hospital de incurables—donativo de la noble señora de Guillermo de Rothschild.—Es imposible imaginar un hospital mejor que éste. Los elementos de curación son excelentes y abundantes, no falta nada, y no cabe pedir más para la asistencia de los veinticuatro heridos que aquí se albergan. En las limpias y elegantes salas se siente uno como en su casa; una gran galería acristalada, con sillones-camas, nos sirve de salón de recibo. Gracias a los esmerados servicios de los doctores y de las hermanas, es tan franca mi curación que confío podré abandonar muy pronto el hospital.

(De la *Franckfurter Zeitung*).

CRÓNICA MILITAR

I. La campaña en el Este.—II. Número de prisioneros hechos por los alemanes.—III. Las operaciones en el teatro occidental en el mes de diciembre.—IV. La campaña en el Cáucaso.—V. La situación militar el 13 de enero.

I.—La campaña en el Este

Demostrado queda por los hechos, que ni los alemanes disponen de fuerzas suficientes para emprender una enérgica ofensiva en el Oeste, ni los aliados son capaces, a pesar de su superioridad numérica, de arrojar al invasor de Flandes y el N. de Francia. Interín lleguen refuerzos alemanes a este teatro o acontezcan sucesos que mejoren la situación de los aliados, se ha llegado a un estado de equilibrio que persiste y que probablemente no terminará hasta que se resuelva la guerra en las fronteras rusas.

Esta última campaña ha sido la más importante, y es una verdadera lástima que la concisión de los partes oficiales alemanes y austriacos y el silencio casi completo de los rusos, en todo lo que no es favorable a sus armas, impida formar detallada idea de las colosales batallas allí libradas, de importancia superior a la de las más célebres campañas de los tiempos modernos.

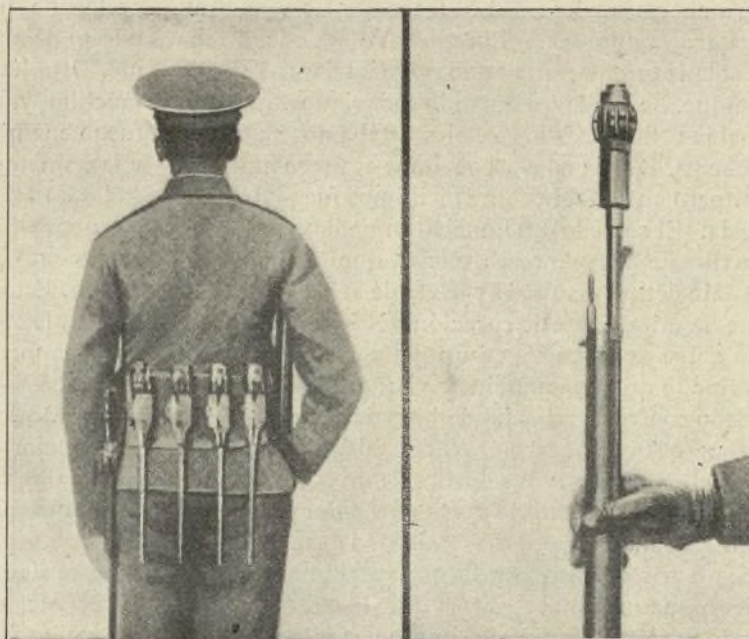
Los rusos han pagado muy caro su error inicial, consistente en llevar la ofensiva contra el enemigo más débil, despreciando al fuerte, que cabalmente ocupaba la posición central. La excelente red ferroviaria alemana permitió al mariscal von Hindenburg disponer sus fuerzas en los puntos más convenientes para el desarrollo de la ofensiva que proyectaba, y así que los rusos incurrieron en su segundo capital

error, avanzar con fuerzas insuficientes hacia la frontera de Silesia, Hindenburg inició y desenvolvió con energía sorprendente su plan de campaña, cayó sobre la derecha rusa, y la derrotó repetidamente empujándola a toda prisa hacia el E. Obtenida esta primera ventaja, y sabiendo que los rusos acumulaban refuerzos al O. de Varsovia, no detuvo sus ataques, sino que los prosiguió audazmente, corriendo serios peligros, para dar tiempo a que el movimiento envolvente de su ala derecha, formada por austro-alemanes, se pronunciara con claridad. La crisis se resolvió favorablemente al N. O. de Lodz para los alemanes, gracias a la energía y bravura de sus tropas, y entre tanto el ala derecha avanzaba victoriosamente hacia el N. E., derrotando a los rusos. Tuvo que ceder entonces el centro ruso, cayó Lodz y la línea enemiga se pronunció en todos los puntos en completa retirada, a pesar de que a la sazón habían llegado al frente de combate nuevos refuerzos moscovitas.

Comenzó enseguida la tercera fase de esa serie de batallas, el avance metódico, de frente, hacia Varsovia, continuado con más lentitud que los primeros, pero sostenido siempre; fueron alcanzadas las líneas del Bzura y del Pilica, y a poco franqueadas, estableciéndose los atacantes en las márgenes orientales de ambos ríos. Por tercera vez acudieron refuerzos al campo ruso, sin que por ello se detuviera la ofensiva austro-alemana, sólo que a medida que los rusos



El periscopio de un submarino. Obsérvese el juego de las lentes y cómo el oficial puede hacer girar el objetivo para explorar el horizonte en todos sentidos.

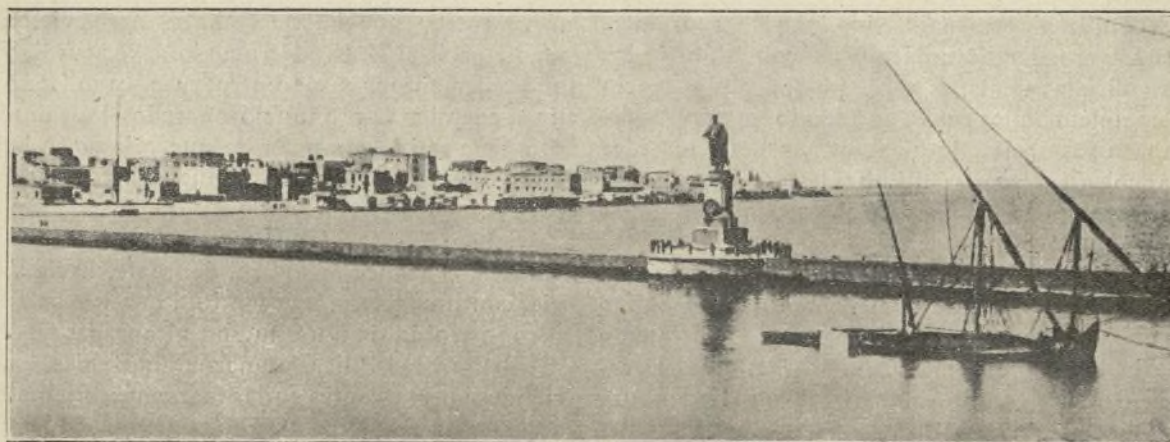


El nuevo fusil, que lanza granadas, adoptado por los ejércitos alemán y británico. En la figura que está de espaldas, se ven algunos proyectiles suspendidos del cinturón

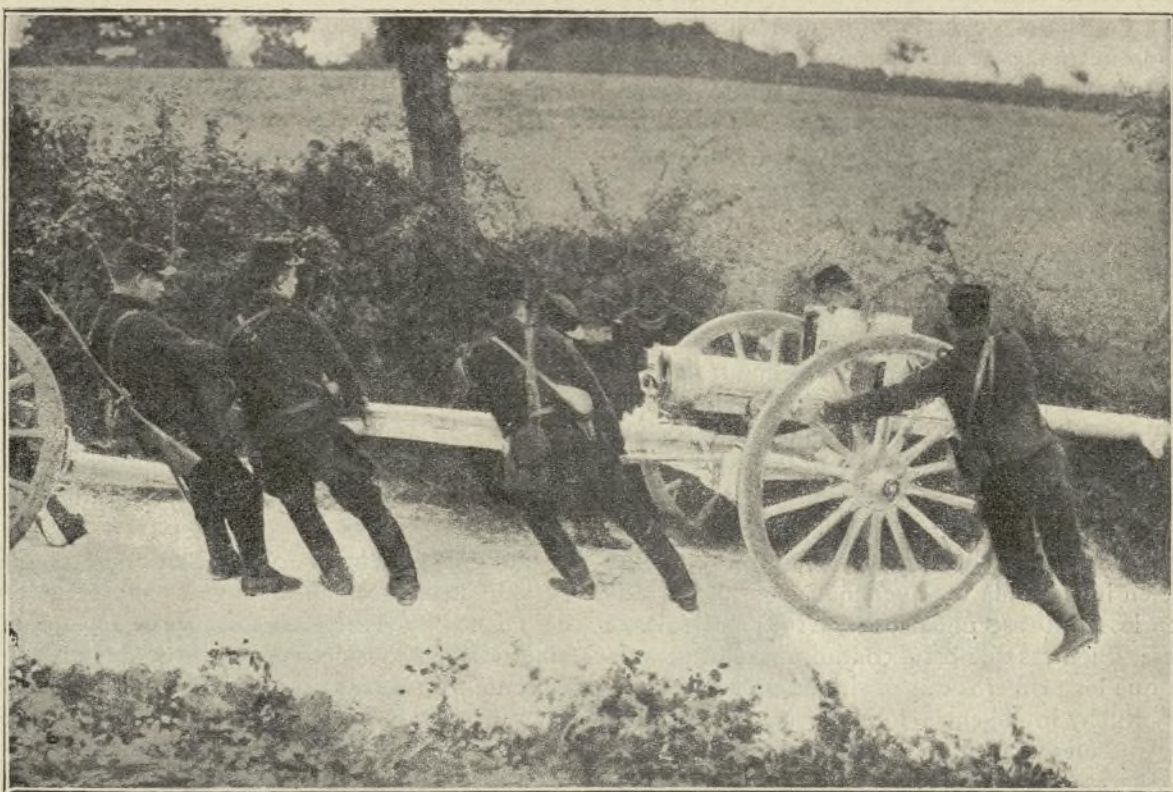
se acercan al Vístula y se van poniendo al amparo de las fortificaciones avanzadas de Varsovia, crece su resistencia y el éxito de los ataques es menos acentuado.

Un ejército que trató de invadir el territorio alemán y que después de dos meses de incesantes y empeñadísimos combates se ha visto reducido a la defensiva, ha perdido muchos millares de prisioneros y de material de guerra de todas clases, que ha necesitado ser reforzado por casi todas las fuerzas aún disponibles en el interior del Imperio y que ni aún así consigue poner definitivo término a los avances del enemigo, podrá acaso librarse de una completa destrucción o de una definitiva derrota si los fuertes de Varsovia y de las plazas del Vístula le protegen eficazmente, pero ha quedado en mucho tiempo inutilizado para toda ofensiva seria, es decir, que

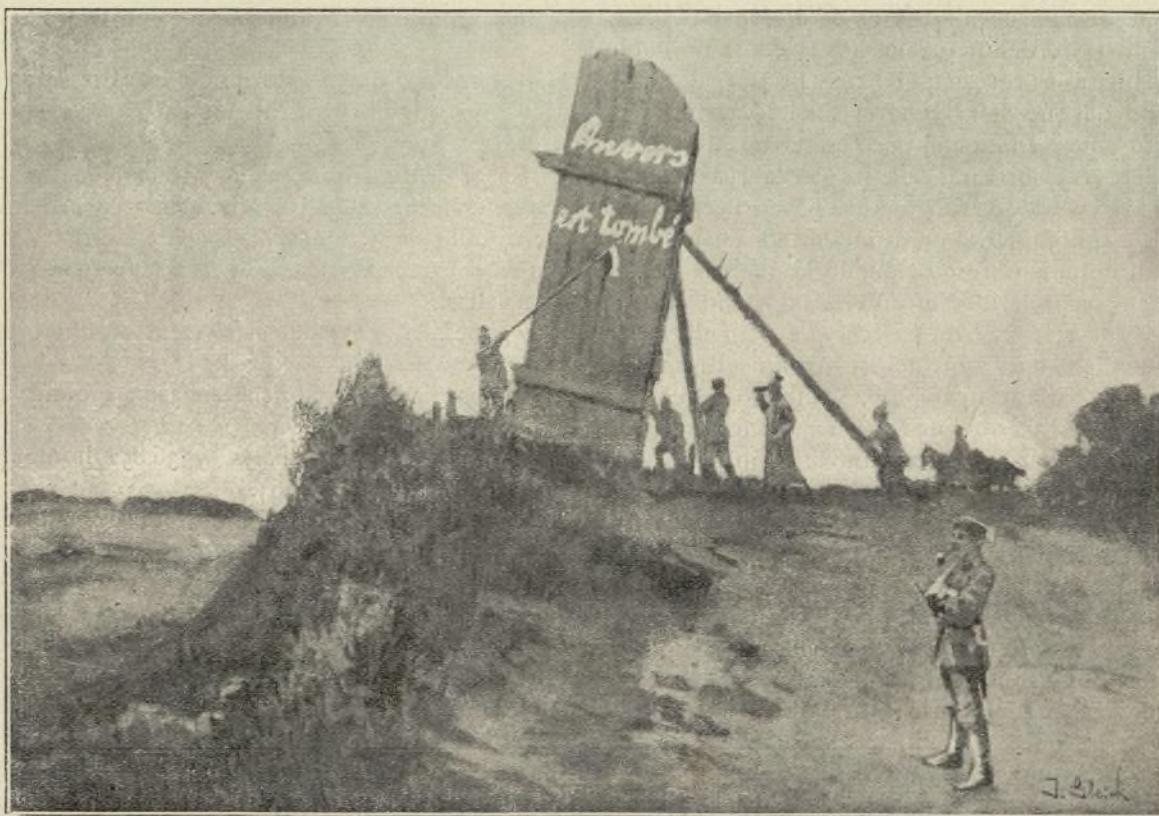
ha cesado de ser un peligro abrumador para los alemanes. La mera consecución de este resultado es un éxito brillante, inesperado para muchos, y que todavía los franceses y los ingleses se empeñan en desconocer; bastaría para convencerse de su error examinar lo que está sucediendo en Francia: unas tropas que han sido derrotadas fuertemente en las primeras batallas sufren tales quebrantos en su moral y en su cohesión, que resulta punto menos que imposible enviarlas a un ataque resuelto y decidido; en la guerra la confianza desaparece pronto si la fortuna no se muestra propicia, y una vez perdida es extremadamente difícil recobrarla. Lo mismo ha sucedido en las fronteras de la Prusia oriental: después del desastre de Tannenberg e Intersburg, no se han atrevido los rusos a repetir la aventura, a pesar de contar con fuerzas muy superiores a las débiles



La entrada del canal de Suez, con la estatua de su constructor Fernando de Lesseps



Artillería francesa de campaña: el renombrado cañón de 7,5 centímetros



Cómo los alemanes ponen en conocimiento de los franceses las noticias que favorecen á los primeros. Una patrulla presenta una hoja de puerta con la inscripción: «¡Amberes ha caído!»

alemanas que cubren aquella frontera. ¿Qué confianza pueden tener los rusos al aventurarse de nuevo en los llanos de la Polonia occidental—si por acaso los alemanes se retiraran en aquella dirección—testigos de tantas y tan sangrientas derrotas? Estos factores pesan más en la guerra que el número y la fuerza material; en los ejércitos el alma es todo, y si se pierde la fé en la victoria no hay que esperar que el soldado realice grandes empresas.

Los rusos cometieron un tercer error capital: sostener la ofensiva en todo el frente de su línea de batalla, desde el Vístula inferior a la Bukovina. Todos los grandes capitanes de todos los tiempos, han obtenido el éxito en sus campañas mediante la concentración de los esfuerzos, y no diseminándolos en una vasta extensión. Es humanamente imposible, aunque se disponga de muchos millones de hombres, atacar en todos los puntos de una línea de seiscientos kilómetros de larga, con la misma energía y con la misma tenacidad; y sobre ser imposible, es también inútil, toda vez que a nada conduce triunfar en los puntos secundarios si en los principales se fracasa, mientras que basta conquistar estos últimos para que los primeros caigan sin necesidad de combatir. Ni hay inteligencia humana capaz de dirigir esta vasta ofensiva, ni es posible situar de antemano las reservas en los lugares adecuados, puesto que se ignoran las incidencias de la lucha que ha de comenzar y los cambios en la situación, ni tampoco pueden hacerse los movimientos de tropas de un punto a otro con la celeridad y el orden que requerirán las grandes operaciones militares, sobre todo si, como acontece en el caso de Rusia, se carece de un buen sistema ferroviario y de caminos ordinarios.

Lejos de incurrir en tales faltas, von Hindenburg ha concentrado sus ataques en la Polonia del N. y del centro, y ordenó que los austriacos se limitaran a contener a los rusos en Galizia y los Cárpatos, persuadido de que si la victoria final recae sobre su ejército, sobrevendrá con poco esfuerzo la derrota de la poderosa y fortísima ala izquierda rusa: cuanto más haya avanzado ésta y más se haya internado en el país enemigo, tanto más funesta será su retirada. Está en Polonia la resolución de la guerra; todo lo demás es secundario. En cambio, tal como conducen los rusos la guerra, parece que para ellos todo el frente de batalla es principal. Aunque dispongan de fuerzas bastantes para ello, el mando único, garantía del éxito, no puede tener concentrada su atención a la vez en tantos puntos; y sin unidad de acción los resultados suelen ser deleznales, aun en caso de triunfar.

Para que se comprenda ahora la importancia de las batallas de Polonia, he aquí un resumen de las pérdidas sufridas por los rusos hasta el 1.º del corriente enero, en lo que respecta solamente a las acciones libradas por los alemanes, esto es, el teatro de la Polonia del Norte:

10 de noviembre: combate de Konin; pierden los rusos 500 prisioneros y 8 ametralladoras.

14 de noviembre: batalla de Vloclavicz; los rusos pierden 1.500 prisioneros y 12 ametralladoras.

16 de noviembre: batalla de Lipno: los rusos pierden 5.000 prisioneros y 10 ametralladoras. Batalla de Kutno: los rusos pierden 23.000 prisioneros,

10 ametralladoras y un número de cañones que no se detalla.

26 de noviembre: batalla de Lovicz: los rusos pierden 40.000 prisioneros, 70 cañones, 156 ametralladoras y son destrozados otros 30 cañones,

30 de noviembre: Combates de Lodz: los rusos pierden 9.500 prisioneros, 18 cañones y 26 ametralladoras.

6 de diciembre: combates de Lodz: los rusos pierden 5.000 prisioneros y 16 cañones.

9 de diciembre: combates de Przasnysz: los rusos pierden 600 prisioneros y 8 ametralladoras.

12 de diciembre: batalla de Lovicz: los rusos pierden 11.000 prisioneros, 43 ametralladoras y varios cañones.

16 de diciembre a 31 de diciembre, combates en el Bzura y Pilica y persecución: los rusos pierden 40.600 prisioneros, 16 cañones y 50 ametralladoras.

Por consiguiente, hasta el 1.º de enero, y en un período de siete semanas, los rusos han perdido más de 136.000 prisioneros ilesos, más de 450 cañones y ametralladoras, es decir algo más de tres cuerpos de ejército. Agréguese a estas cifras las pérdidas en muertos, heridos y extraviados, y el mucho material de guerra abandonado o destruido, y se tendrá una idea de la gravedad de la derrota rusa. Finalmente, desde el 10 de noviembre al 31 de diciembre, los alemanes han avanzado en línea recta en país enemigo, en dirección a Varsovia, 150 kilómetros. En el ala derecha, los austro-alemanes han capturado en el mismo período más de 40.000 prisioneros y un copioso material de guerra. Los rusos, por su parte, han anunciado en dos ocasiones que habían cogido varios centenares de prisioneros y piezas de artillería a los alemanes, pero sin puntualizar el número de los primeros ni de las segundas.

II.—Número de prisioneros hechos por los alemanes

En 31 de diciembre se encontraban en los campos de concentración de prisioneros en Alemania, incluyendo como es natural los de guerra o apresados en el campo de batalla, y no las personas civiles internadas:

7 generales, 3.452 oficiales y 215.905 hombres de tropa franceses: total, 219.364.

18 generales, 3.557 oficiales y 306.294 hombres de tropa rusos: total, 309.869.

3 generales, 609 oficiales, y 36.852 hombres de tropa belgas: total, 37.464.

492 oficiales y 18.824 hombres de tropa británicos: total, 19.316.

Componen las cifras anteriores la suma de 586.013 prisioneros de guerra ilesos. No están incluidos en los cálculos los prisioneros hechos en Polonia en las últimas semanas de diciembre, ni tampoco los que se encontraban en marcha hacia el interior desde las dos fronteras: oriental y occidental.

Ni Inglaterra, ni Francia, ni Rusia han publicado el número de prisioneros alemanes que tienen en su poder.

Por noticias semi-oficiales se sabe que los alemanes prisioneros en Rusia no llegan a 30.000 hombres.



III.— Las operaciones en el teatro occidental en el mes de diciembre

En los gráficos publicados por la prensa inglesa para poner de manifiesto el avance de los aliados en el mes de diciembre, se observan las siguientes variaciones en la situación de los dos ejércitos desde el 1.º al 31 de dicho mes:

Los aliados han ganado terreno en su extrema ala izquierda, conquistando la aldea de San Jorge (28 de diciembre), a corta distancia de Nieuport; en Blangy, 2 kilómetros al NO. de Arras (17 de diciembre); en Boisselle, dos kilómetros al NO. de Albert (24 de diciembre); en Nouvron, al N. de Soissons (30 de diciembre), unos trescientos metros; en Beausséjour, al N. de Suippes (20 de diciembre), unos doscientos metros; en Lesmenils (3 de diciembre), unos doscientos metros; en Boureuilles, en el Argonna (22 de diciembre), unos doscientos metros; en Lesmenils (3 de diciembre), un kilómetro al N. de Pont-a-Mousson; en Steinbach, al E. de Thann, un kilómetro; en Aspach, el 30 de diciembre, al SE. de Thann, un kilómetro; y en Carspach, al O. de Altkirch (23 de diciembre), un kilómetro.

En cambio, han retrocedido al S. de Ipres, más de un kilómetro, hacia Hollebecke; al O. de Roye, un kilómetro; en Tracy-le-Val, al S. de Noyon, quinientos metros; en Vic-sur-Aisne, al NO. de Soissons, quinientos metros; al E. de Reims, cerca de un kilómetro; al O. de Etain, cerca de un kilómetro; y al E. de Troyon, quinientos metros.

Como se ve, la situación no ha cambiado en sus líneas generales, siendo más acentuados en conjunto los avances de los alemanes que los de los aliados, tal como los representa la referida prensa. Los únicos progresos sensibles realizados por los franceses, han sido los efectuados en la región de Thann, en la Alsacia, donde después de tres semanas de porfiados combates se han internado unos diez kilómetros en territorio enemigo, o sea muchísimo menos de lo que adelantaron fácilmente en los primeros días de agosto.

Para apreciar los resultados de estos pequeños cambios, conviene añadir que el ejército de París, unos ciento treinta mil hombres, reforzó las líneas de los aliados en la región de Arras, y que la masa principal de las tropas franco-inglesas se concentró desde aquella población al mar. No se tiene noticia de que los alemanes hayan enviado refuerzos a sus líneas en todo el mes de diciembre, pero se sabe positivamente que continúan sus preparativos de fortificación de la costa belga y la construcción de cobertizos para dirigibles en el mismo sector belga, como si se preocuparan muy poco de las acometidas de los aliados a su frente de batalla.

La elocuencia de todos estos hechos justifica la afirmación que he hecho repetidas veces de que la ofensiva francesa no ha conseguido ningún resultado digno de mención. El ataque comenzó el día 9 de diciembre. Al salir de sus trincheras y lanzarse al descubierto, los atacantes han perdido un número de prisioneros relativamente grande, unos diez mil hombres, y sus bajas han sido también mayores que las padecidas en octubre y noviembre.

Es digno de notarse que los alemanes han realizado sus principales avances, aunque pequeños,

como los de sus adversarios, hacia Noyon y sus inmediaciones, o sea en el lugar más peligroso para la línea aliada.

En cambio, los franco-ingleses han progresado principalmente en los Vosgos y en la extrema izquierda, en Saint George, según queda indicado. El equilibrio subsiste sin variación y es de creer que no la habrá hasta que los alemanes puedan tomar la ofensiva, si realmente se deciden a ella antes de marzo.

IV.— La campaña en el Cáucaso

Los partes oficiales rusos, publicados en la prensa británica, que hacen referencia a la derrota turca en el Cáucaso, y los despachos de los corresponsales en Petersburgo, amplían muy poco lo dicho en la crónica anterior.

Según las noticias oficiales, un cuerpo de ejército turco fué derrotado en Ardahan y otros dos cerca de Sarykamysch; el noveno casi en masa fué apresado por los rusos, pero sigue sin declararse el número de prisioneros y de cañones conquistados, a pesar de que los rusos no son parcos en noticias de esta clase.

Los corresponsales añaden algunos detalles. El cuerpo turco que avanzaba hasta Ardahan fué atacado por las alas por fuerzas rusas inferiores en número, pero que le pusieron en el peligro de cortarle sus comunicaciones, y después de dos días de combate emprendió la retirada. En cuanto al combate de Sarykamysch, en los mismos despachos, de fecha posterior a la de los partes oficiales, se dice textualmente: «El enemigo, bajo la acción de nuestra artillería, se retiró hasta más allá de Sarykamysch. El combate en este frente no ha terminado, aunque se cree que el avance turco principal ha sido contenido. Autorizadamente se añade que los turcos se proponían reforzar su ofensiva junto a Sarykamysch para facilitar la retirada, en buen orden, de sus tropas de la región de Ardahan y de Olty. Los turcos, luego de fortificar sus posiciones, movieron una división con 3000 ginetes y ocho cañones, pero nuestro ataque, protegido por la artillería, les obligó a retirarse. Perdieron dos cañones y gran número de muertos y heridos. Se agrega que los turcos que avanzaron sobre Sarykamysch carecían de medios de transporte, y la impedimenta tuvo que ser llevada a hombros. Las granadas, cartuchos y provisiones tenían que ser conducidas de esta manera hasta la línea de fuego. Hasta los mismos cañones fué menester arrastrar de igual modo en los caminos de las montañas. Todos los trofeos son de origen alemán. Ayer llegaron a Tiflis 1200 turcos y kurdos prisioneros».

Mientras no se conozcan nuevos pormenores, hay que contentarse con los expuestos. Repito, sin embargo, lo que dije en la otra crónica: Ardahan está a más de cien kilómetros de la frontera, y los rusos habían negado sistemáticamente que sus enemigos hubiesen podido forzarla en aquel sector. No se comprende cómo ha podido salvarse un cuerpo turco, habiendo sido derrotados los otros dos en la línea de retirada de aquel. Si la derrota de los turcos ha sido tan espantosa como se pretende, es de suponer que no tardarán los rusos en avanzar sobre Erze-

rum; las operaciones que se van a desarrollar serán las que confirmen o nieguen la importancia de la victoria moscovita.

V. — La situación militar el 13 de enero

En el teatro occidental la mayor actividad ha tenido lugar al N. de Soissons, donde los alemanes han obtenido algunas ventajas, cogiendo cerca de dos mil prisioneros y varios cañones. En Flandes el mal tiempo ha paralizado las operaciones, lo mismo que en los Vosgos y en la selva de Argona.

En el teatro de Polonia, la ofensiva alemana marcha muy lentamente, y apenas ha adelantado terreno. Los despachos de San Petersburgo insisten en afirmar que han tenido lugar movimientos de tropas alemanas detrás de la línea de batalla; al parecer, uno de los dos ejércitos que luchaban a lo largo del Bzura ha sido dirigido a otro teatro, quedando reducidos a dieciséis cuerpos de ejército, en lugar de veinticinco, el efectivo de los austro-alemanes desde la confluencia del Bzura al Plica y al Nida, o sea al E. de Cracovia. Sean o no exactas estas cifras, parece indudable que se preparan operaciones en otro sector.

En Galizia la situación no ha cambiado; al SE. de Cracovia, los austro-húngaros han restablecido su línea, que había tenido que replegarse hace unos días. Continúa el asedio de Przemyśl, pero se ignora el estado en que se encuentra el defensor.

Los partes oficiales austriacos y rusos están en completo desacuerdo en lo relativo a la Bukovina, pues mientras los primeros sostienen que sus tropas se mantienen en las faldas orientales de los Cárpatos, ocupando la salida de los caminos al llano, los segundos afirman que han conseguido forzar los pasos de la cordillera y que sus avanzadas de caballería están ya en la Transilvania.

Lo más interesante sigue siendo lo acontecido en el Cáucaso. De la lectura de los partes y comunicados oficiales rusos, ampliados por las noticias transmitidas por los corresponsales, se deduce que la derrota turca tuvo bastante menos importancia de la que se dijo en los primeros momentos. He aquí un resumen de las operaciones, según las noticias oficiales rusas.

El ejército turco del Cáucaso, compuesto de los cuerpos 9.º, 10.º y 11.º (unos cien mil hombres), marchó en cuatro columnas: hacia Karysamysh, por el valle del Bardus, por el camino de Olty a Mendenek y sobre Ardahan. La primera columna tenía por misión atraer a los rusos y retirarse ante ellos para que descubrieran su ala derecha, que sería entonces fácilmente envuelta y atacada de flanco y de revés por los otros grupos. El 9.º cuerpo fué el encargado de avanzar sobre Sarykamysch, mientras que el 10.º se dividió en dos columnas, en el ala izquierda, y el 11.º avanzó en el intervalo de los otros dos. En ejecución de este plan, Olty fué rebasado y ocupados Ardahan y Sarykamysch, a pesar de la tenaz resistencia de los rusos; pero en lugar de retroceder estos últimos bajo la presión de los turcos, llamaron hacia Sarykamysch a todas las tropas inmediatas y consiguieron derrotar a los turcos, que a consecuen-

cia del mal estado de los caminos, cubiertos por las nieves, y de la dificultad del avance en aquel terreno montañoso y de grandísima altitud, habían dejado atrás a casi toda su artillería y sus convoyes. Al mismo tiempo, los rusos tomaron la ofensiva en Ardahan, en ocasión en que las dos columnas del centro no habían conseguido establecer el enlace con las alas; la izquierda turca retrocedió y todo el ejército se pronunció en plena retirada. Si ésta se ha efectuado o no en orden se ignora, así como también si los rusos han completado su éxito invadiendo el territorio enemigo y avanzando sobre Erzerum.

En cuanto a los resultados materiales de la victoria rusa, los despachos oficiales de esta procedencia, que alcanzan al 8 de enero, dicen que cayó en manos del vencedor el comandante del 9.º cuerpo de ejército turco Isjan Bajá, los tres comandantes de división, unos 300 oficiales y varios millares de askaris (tropas irregulares), así como varios cañones de los cuales sólo se cita uno de montaña en particular; una bandera turca fué capturada por el vencedor. En el combate de Ardahan los rusos cogieron algunos cañones, «cierto número de oficiales y muchos soldados».

Como el lector comprenderá no son ni estas cifras, ni la imprecisión de los datos (en unos partes oficiales se dice que el 11.º cuerpo turco estaba en Sarykamysch, y en otros que era el 9.º, mientras que en uno de ellos no se habla del 11.º y en su lugar se cita el 1.º, de Constantinopla), demostración de que los combates de Ardahan y Sarykamysch hayan sido una victoria decisiva y completa; su importancia militar está muy por debajo, no ya de las victorias de los alemanes en Prusia oriental y Polonia, sino de los triunfos de los mismos rusos en Galizia; por lo que ha de atribuirse el relieve que se ha pretendido darle al deseo de llamar la atención sobre un teatro que no sea europeo, con un objeto que por no ser exclusivamente militar me abstengo de comentar.

En el Asia menor, el cuerpo expedicionario anglo-indostánico que había desembarcado en la desembocadura del Tigris, cerca de Basra, y avanzado sobre Kurna, ha tenido que retroceder por la presión de los turcos. Se señalan movimientos de tropas turcas en la frontera egipcia, pero hasta ahora no se han emprendido verdaderas tentativas de invasión. Sin embargo, continúan afluyendo tropas coloniales inglesas a Egipto, lo cual parece confirmar la noticia de que se nota agitación en el territorio egipcio que linda con Libia.

En el Africa oriental, la guerra sigue siendo favorable a los alemanes; del Africa occidental no se sabe nada hace días; en cambio, en el Africa del Sur ha recibido un golpe mortal la insurrección de los boers y se cree que pronto estará pacificado aquel país, terminando la rebelión que tanto preocupaba a los ingleses.

Nada interesante ha ocurrido en el mar, si se prescinde de los bombardeos de algunos puertos turcos del mar Negro y de haber recibido averías el acorazado francés *Courbet*, atacado por un submarino austriaco.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

13 de enero de 1915.